

¿CRISIS EN LA DEMOCRACIA?

la Iglesia florece y fructifica. Pero cuando surge entre ellos la discordia, no sólo no crecen los pequeños brotes, sino que incluso las mismas grandes instituciones parecen miserablemente'».

El naturalismo racionalista que hoy invade el mundo no acepta esta unión amistosa de Iglesia y Estado; quiere la total ruptura. Más aún, contra toda razón y evidencia, niega toda vinculación de la sociedad natural con un Dios transcendente; se expulsa a Dios de las cartas fundamentales de las naciones; y se diviniza al «pueblo»—al ¡pobre pueblo!— haciendo de él la fuente de todo derecho y aun de la moral. Así le va al mundo...

Por desgracia, esta mentalidad naturalista inficiona a muchas mentes católicas: a publicistas, profesores y aun teólogos. Pero el cristiano no puede perder de vista que el único magisterio universal auténtico es el oficial de la Iglesia: es decir, el del Vicario de Cristo, el de los Concilios ecuménicos.

Y este magisterio, la doctrina que siempre ha enseñado es la de la independencia en su propia esfera de los dos Poderes, civil y eclesiástico, y la unión amistosa en las materias llamadas mixtas o pertenecientes de alguna manera a las dos esferas de Poder. Siempre buscando el bien total de los súbditos; y, en su caso, con prevalencia del bien mayor —el espiritual y eterno sobre los bienes menores—, los materiales y temporales...

Oración ante el Santísimo en el ACTO LITURGICO FINAL DE LA XXI REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA (14 de noviembre de 1982).

POR EL

Rvdo. P. VICTORIANO RODRIGUEZ, O. P.

1. Señor, ¡qué complicada nos resulta la vida social cuando la programamos los humanos! ¡Con lo sencillo que es el Decálogo del Siná y el Sermón de la Montaña! Pero no; la superbia vitae se ha inoculado en la natural y legítima apetencia de colaboración activa en la cosa pública, y la natural democracia del mejor pensamiento cristiano y de las mejores realizaciones de vida cristiana, orgánicamente participada (valgan como ejemplo las Ordenes Religiosas), ha degenerado en democracia autárctica, voluntarista o libertaria, que terminó siendo autoritaria, opre-

siva de la libertad de los hijos de Dios, de la auténtica dignidad humana, y rebelde contra la ley de Dios; otra vez la tentación del principio: ¡Seréis como dioses!, fijando la línea divisoria del bien y del mal: Bueno lo que dictamina la voluntad popular; malo o heterodoxo lo que no es democracia al uso.

2. *Te damos gracias, Señor, porque estas tres jornadas han sido amplias y profundas en el discernimiento de la ambigua democracia, aprendiendo o repensando lo que hay de bueno, de malo o de indiferente en los términos, en los conceptos y en las realizaciones de la libertad, de la igualdad, de la participación política, de la responsabilidad cristiana.*

3. *Te damos gracias también, Señor, porque la imagen y la palabra clara, cierta y autorizada del Vicario de Cristo, en su recorrido por España, han revitalizado nuestro optimismo cristiano: que, como Santiago, possumus, podemos ser buenos cristianos, a pesar de todo; y que la tierra de Santa María no ha dejado de ser católica, aunque las elecciones democráticas hayan parecido dar a entender otra cosa.*

4. *Finalmente, a la pregunta de esta XXI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, ¿Crisis en la democracia?, creemos poder confesar, Señor, a la luz del Magisterio de la Iglesia, que la Democracia Moderna, laica, absolutista, libertista y vacía de valores morales transcendentales, ha nacido en crisis, vive en crisis y terminará en muerte, porque el cielo y la tierra pasarán, como hemos oído en el Evangelio de la Misa de hoy, pero mis palabras no pasarán (Mc. 13.32).*

También sabemos, Señor, que una cosa es esta democracia enfermiza, edificada sobre sí misma, antropocentista, autosuficiente y narcisista, y otra cosa la «sana» y «verdadera» democracia, conforme con el ser cristiano, efecto y manifestación del auténtico humanismo cristiano al que apunta Juan Pablo II, a cuyo concepto y a cuyos términos no hemos de renunciar por el abuso que hayan hecho o sigan haciendo de ellos otros pensadores.

5. *Quiero terminar esta oración con la promesa que hemos oído hoy en la primera lectura de la Misa, del Profeta Daniel (Dan, 12,3):*

«Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por toda la eternidad».

Estos días aquí se vieron fulgores de sabiduría. Que Dios nos conceda brillar en justicia, es decir, en santidad, siempre y por toda la eternidad. Así sea.